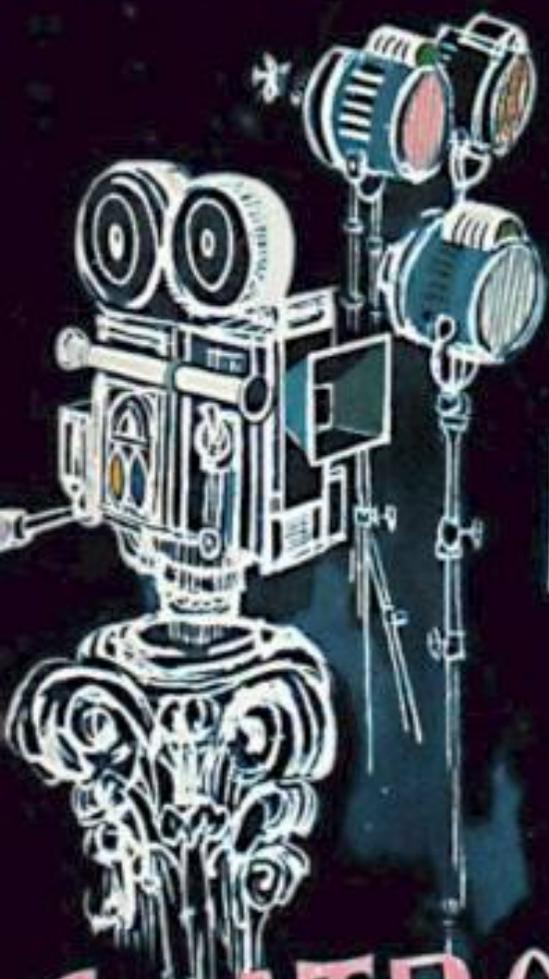


ÁLVARO DE LAIGLESIA



CUATRO
PATAS
PARA UN SUEÑO

Por obra y gracia de Álvaro de Laiglesia, Mapi, intrépida fulana, reaparece dispuesta a divertirnos y a captar nuestra atención con sus nuevas andanzas con estilo ágil y llano nos cuenta las peripecias y aventuras en las que se ve envuelta, y que le sirven de telón de fondo para comentar con desenfado las situaciones anómalas que se producen en torno a algunos fenómenos característicos de la sociedad actual: el boom turístico, el autostop, el cine, etcétera.

CAMA: Cuadrúpedo mucho más rápido que el caballo, porque montados en él recorreremos a velocidades increíbles las fabulosas regiones de los sueños.
ÁLVARO

COSTILLA: Hueso del hombre que Dios eligió para crear a la mujer, porque era el que estaba más cerca de su cartera.
MAPI

PEDAZO 1

¡AY, MADRE!

¡Cómo me tiembla el bolígrafo cuando lo agarro para escribir este montón de memorias! No sé si los garabatos que ponga en el papel resultarán legibles, pues hoy tengo la caligrafía más enrevesada que las cocineras y los médicos.

¡Hasta la «o», letra en la que siempre me luzco porque sale redondita como una rosquilla, me está saliendo hecha un churro!

Pues ¿y las «tes»? Tanto se me tuercen las varillas que sujetan su palitroque transversal, que todas juntas parecen antenas de televisión tumbadas por el viento en un tejado.

Más de uno se estará preguntando el motivo del tembleque cuya intensidad causa tales estropicios en mi escritura. ¿Miedo? ¿Disgusto? ¿Enfermedad?... Y yo respondo: ni esto, ni lo otro, ni lo de más allá.

El motivo, con ser tan gordo como cualquiera de esos tres que he citado como hipótesis, es de una gordura distinta. Creo que la palabra que mejor lo define es ésta: emoción. Eso es. Estoy intensamente emocionada por algo que me acaba de ocurrir, y que ahora mismo voy a contar.

Allá va:

Vivo desde hace algún tiempo en un pisito propio. Con esto de propio no quiero decir que sea mío, sino que el pisito resulta muy propio para vivir. Yo estaba ya hasta los bigudíes de vivir en todos los peldaños de la escala hotelera, que va desde el hotel de lujo a la pensión del tapujo.

(Por si algún turista busca esta última clasificación en una guía de hospedajes, le advierto que no se enfade si no la encuentra. Porque no la encontrará. «Pensión de tapujo» es un nombre que he puesto yo, con permiso del Ministerio de Información y Turismo, a la más ínfima de todas las pensiones: a las que alquilan sus camas por horas a las parejas clandestinas).

Después de dar muchas vueltas en toda clase de colchones, pude al fin realizar lo que siempre soñé: tener un colchón propio, en un piso que no fuera alquilado. Claro que mi sueño dorado, como todos los sueños dorados en general, se realizó perdiendo gran parte de su oro. Porque yo había soñado con cazar a un señor que me retirase a un piso de mi propiedad, y sólo encontré a un roñoso que me abonó la entrada y el primer plazo de un apartamento, pagadero en veinte años menos Banco.

Pero menos da una piedra. Y como yo soy de buen conformar, hice esta adaptación de un viejo refrán para consolarme:

—Más vale llave en mano que palacio soñando.

La verdad es que no puedo quejarme, porque el pisito, al fin y al cabo, será completamente mío dentro de diecinueve años y medio nada más. Un soplo si se tiene en cuenta que el tiempo pasa volando. ¿Qué son diecinueve años y medio comparados con la eternidad? Nada. Menos que una meadita en el océano.

Por eso yo, pasándome por alto esos insignificantes cuatro lustros escasos que me faltan para obtener mi título de propietaria, hablo siempre de «mi piso». Y aunque parezca mentira, la boca se me llena con estas tres sílabas tan cortitas.

Mi amiga Nati, que se cachondea de todo bicho a poco viviente que esté, también se choteó de mí cuando la traje a visitar mis nuevos y nada vastos dominios.

—¿Qué te parece? —la pregunté estallando de orgullo.

—Muy mono, pero tiene el mismo defecto que todas las viviendas modernas.

—¿Cuál?

—Que la superficie del apartamento es igual a la del papel de la hipoteca que da el Banco para construirlo.

Y soltó una risita de coneja vieja.

Pero a mí no me hizo mella su ironía, porque Nati no tiene razón. Por grande que pueda ser ese papel, estoy segura de que el pisito es bastante mayor. Y allá va el plano, para que ustedes calculen.

Según se entra tiene un tabique, que conviene soslayar para no darse un mamporro. Torciendo a la derecha hay un dormitorio, donde cabe con holgura una cama con cuatro hermosas patas, un tocador ante el cual puedo tocarme todo lo que quiero, y una mesilla de noche con tapita para el orinal. Pero como ahora ese chisme ya no está de moda, no sé por qué —¡cómo si la gente no siguiera orinando, caramba!—, en el hueco que cubre la tapita tengo una radio de transistores. Encima de la mesilla me cabe una lámpara, por si algún señor de los que me visitan tiene esa rareza tan arraigada en algunos individuos de leer antes de dormir.

Junto al dormitorio, separado por la correspondiente pared, está lo que podríamos llamar el «policuarto». Y creo que podemos llamarle así por ser una habitación que desempeña al mismo tiempo las funciones de saloncito, comedor, cuarto de estar, sala de música, despacho y bar americano. El espacio del «policuarto», como puede leerse, está tan bien aprovechado como la cápsula de un cosmonauta.

Separando un poco la estantería con catorce libros, que yo llamo con cierta pompa «la biblioteca», puede abrirse la puerta que da a la terraza. Nati sostiene que soy una exagerada llamando terraza a lo que es, en realidad, un cachito de azotea. Pero yo sigo llamándola así, porque creo que se debe echar un poco de literatura a las cosas para embellecerlas.

—Si la gente llamara a todo por su nombre —razono a mi amiga—, ni tú ni yo podríamos andar por la calle sin que nos sacaran los colores a cada paso.

Y ella, ante la contundencia de mi razonamiento, tiene que callarse.

Además de la tenaza, en la que he puesto una cuerda de quita y pon para tender la ropa cuando se marchan las visitas, el piso tiene cuarto de baño con bidé, cocina con fogón y cuarto de servicio con chacha. La chacha la traje yo, como es natural, porque no la tenía cuando me instalé. (Pese a todas las fórmulas de facilidades que las inmobiliarias han inventado para su negocio, aún no existe ninguna que junto al precio del piso añade: «menos Banco y más chacha». Pero todo se andará. Y si no, al tiempo).

La casa de la que mi piso es sólo una celdilla de un panal, está situada en la Quinta Ampliación del Barrio de los Líos. Quinta, sí; porque como Madrid no para de crecer, sus habitantes tampoco paran de liarse, Y esta barriada, que empezó siendo un bloque para albergar a un puñadito de entretenidas, va camino de convertirse en una «ciudad-satélite» tan gorda como la «capital-planeta» a cuyo alrededor se puso en órbita.

Lo único malo de esta ampliación en que vivo es que, por ser la quinta, está también en la quinta puñeta. Pero tiene en cambio la ventaja de ser muy sana, porque está muy cerca del campo. Tan cerca que en las aceras de mi calle, en las juntas de tierra que quedaron entre las losetas de piedra, crece hierba.

Y ahora que ya he trazado un croquis del panorama donde se desarrolla mi vida actual, pasaré a relatar lo que ha motivado que agarrara el bolígrafo con un pulso tan temblón. (Cuando escribo se me va tantas veces el santo al cielo, que ya he debido de mandar allí a varios regimientos de santos para reforzar el santoral).

PEDAZO 2

ESTA TARDE, a eso de las seis, estaba yo sentada en el «poli-cuarto» cortando un vestido.

Dicho así puede parecer que yo misma me hago la ropa por haber estudiado corte y confección, pero nada más lejos de la realidad. Confieso que soy muy bruta en las habilidades modisteriles, y el verbo cortar lo empleo en su acepción más monda e incluso lironda: yo no estaba haciendo primores para embellecer mi guardarropa, sino pegándole unos tjeretazos a un traje viejísimo para convertirlo en trapos de uso doméstico. Hasta ahí, pero no más lejos, llega mi habilidad de cortadora.

Había conseguido cortar tres o cuatro trapos bastante cuadraditos, cuando de pronto sonó el timbre de la puerta principal. (En confianza diré que la llamo principal por darme un poco de pisto, pues en realidad el apartamento no dispone de ninguna otra secundaria para el servicio. La colmena sólo tiene una escalera, y cada celdilla una sola puerta).

«¿Quién puede ser a estas horas? —me dije, sorprendida al oír el timbrazo—. ¿Será don Lorenzo, al que yo llamo familiarmente “mi viejales”, por ser él quien me pagó la entrada y el primer plazo del piso?».

Pero rechacé la idea, pues don Lorenzo es oriundo de Cataluña. Y como buen catalán, se pasa todo el tiempo yéndose a Barcelona. Gracias a lo cual yo puedo cultivar otras amistades, para seguir pagando los plazos siguientes del pisito.

«¿Será don Chemari Mendigorrieta? —seguí cavilando—. Siempre me hace una visita cuando viene de Baracaldo, donde tiene una fábrica de máquinas de coser. El aliciente de don Chemari es que en cada viaje me regala una pieza del modelo que fabrica, que yo voy guardando en un cajón. Y como el tío viene a Madrid cada dos por tres, creo que antes de que pase un año tendré la máquina de coser completa.

»Pero no debe de ser don Chemari —rectifiqué—, porque él nunca llama tan finamente. Don Chemari es un vascode, fuertote y virilote, que nunca usa el “rin-rín” del timbre por parecerle una mariconada: él se pone a aporrear la puerta hasta que le abro.

»Por el modo de llamar con un timbrazo tan tímido —seguí deduciendo—, quizá sea Gerardito Calasparra. Pero pensándolo bien tampoco puede ser él, porque no estamos a primeros de mes. Y Gerardito Calasparra, que estudia en Madrid, sólo puede permitirse el lujo de hacerme una visita cuando recibe el giro mensual que le mandan sus padres desde provincias. Su asignación no le permite amarme con más asiduidad, aunque cuando viene lo hace con mucha intensidad para sacarle el jugo a su dinero».

Cada vez más intrigada por aquel timbrazo intempestivo, continué repasando someramente la lista de posibles visitantes:

«¿Será Perico Sarasate, el borrachín de las manos temblorosas que conocí el verano pasado en la piscina “Los garbanzos en remojo”? ¿Será Casimiro Benítez, el diplomático sudamericano que al llegar a Madrid se enteró de que ya no era embajador, porque mientras él hacía el viaje para tomar posesión derribaron en su país al Presidente que le había dado el puesto? ¿Será el moreno que me trajo a casa la otra noche, cuando agarré aquella media trompa en el “tablao” flamenco y me empecé en tirarle de las barbas a un escritor yanqui?».

Después de tantas cavilaciones, se me ocurrió que el método mejor para salir de dudas era ir a la puerta y abrirla para ver quién llamaba. Y así lo hice porque a Dora, mi chacha, le tocaba salir hoy y yo estaba sola en casa. Me da cierta rabia que mi chacha salga, pues eso me obliga a abrir personalmente cuando alguien llama. Y ya que tengo chacha, lujo que me cuesta un ojo, me gusta lucirla ante todas las visitas.

Pero prescindiendo de estos comentarios accesorios y volviendo a la cuestión fundamental, el caso es que abrí. Y al primer golpe de vista me llevé un solemne chasco.

¡Después de marearme con tantas conjeturas, resultó que quien había llamado era otra monja! Digo «otra» y no «una», porque aquélla era la tercera que se presentaba a pedir en el curso del día.

A veces tengo la impresión de que mi casa se construyó en un terreno por el que pasaba, si no el mismísimo camino de Santiago, si alguna otra ruta con tráfico intenso de elementos eclesiásticos. Sólo así puede tener explicación que diariamente pasen por mi puerta tantas monjas recaudadoras de donativos. Yo calculo, a bulto, monja más o menos, que salgo a una media diaria de cuatro visitantes pertenecientes a la orden de «Santa Colecta».

Al ver a la religiosa número tres de la jornada, lamenté no haber tenido la precaución de atisbar por la mirilla antes de abrir. Pude ahorrarme este nuevo sablazo permaneciendo calladita detrás de la puerta, y dando la impresión de que no había nadie en casa. Pero como la cosa ya no tenía remedio, decidí afrontar la petición procurando que me saliera lo más barata posible.

—Buenas tardes nos dé Dios —me saludó la monjita con dulzura.

—Buenas —correspondí secamente, pues sé por experiencia que sale más caro mostrarse amable y locuaz.

—Recurrimos a las almas misericordiosas para que socorran a nuestro Asilo de Niñas Pobres adquiriendo papeletas

para una rifa que se celebrará Dios mediante en combinación con el próximo sorteo de la Lotería Nacional.

Lo dijo así, de un tirón, sin una sola coma que la permitiera recobrar el resuello. Pero tenía la retahíla bien medida y estudiada, pues aún le quedó un soplo de aire después de soltar la última palabra.

—Lo siento —me defendí—, pero creo que ya tengo papeletas para esa rifa.

—No puede tenerlas —me rebatió la monja con suave firmeza—, porque esta rifa la acabamos de inventar esta mañana. Y usted, con la ayuda de Dios, va a adquirir las primeras papeletas.

—Sin embargo —seguí resistiendo—, ayer estuvieron aquí otras hermanas a las que compré unas papeletas verdes, también para un asilo.

—En efecto —admitió la religiosa con una sonrisa angelical—, pero las papeletas verdes son para la rifa del Asilo de Ancianos Menesterosos. Y las que yo traigo son amarillas.

—Pues hace tres días —recordé—, me colocaron otras azules.

—Esas son para la tómbola a beneficio del Asilo de Viejas Indigentes.

—¡Qué ganas de buscarse complicaciones! —comenté—. ¿No se simplificaría mucho unificando esas dos rifas, y haciendo que todos los ancianos vivieran juntos?

—¡Ave María Purísima! —exclamó la monjita, ruborizándose y haciéndome pensar:

«Debo de haber dicho una mulada. ¡Pues claro! —caí en la cuenta—. ¿A quién se le ocurre escandalizar a una religiosa, proponiéndole juntar bajo el mismo techo a personas de distinto sexo? ¿Serás mula, Mapi? Esta infeliz no sabe, ni tiene por qué saberlo, que la vida sexual de un viejo con una vieja es tan intensa como pueda ser la de un árbol con una piedra».

—Usted perdone —me disculpé en voz alta, añadiendo, para cambiar de conversación—. ¿Y cuánto vale esta rifa?

—A veinte duros el número —concretó la muy ladina, aplicando el diminutivo para que me sonara más barato.

—¡Jolines! —se me escapó al escandalizarme ante aquel precio—. Perdóneme otra vez, pero es que esta exclamación la usamos mucho en la Mancha.

—La he oído muchas veces, hijita —me disculpó—, porque esta humilde sierva del Señor también es manchega.

—¡Contra! —me destapé, fijándome mejor en ella—. ¿Es posible? Ahora comprendo por qué me fue simpática desde que la vi.

—Confieso que también usted me cayó bien —dijo la monjita, sacando de la faltriquera el talonario de las papeletas—. Supongo que siendo paisana, se quedará con algún numerito, porque el paisanaje une mucho.

—Sí, claro —tuve que admitir—. Pero veinte duros, la verdad, me parece algo carillo. ¿Qué es lo que rifan?

—Un tractor.

—¿Un tractor? —repetí perpleja.

—Sí, hijita, nada menos. De aceite pesado, para las faenas agrícolas —me explicó con su voz angelical—. Matriculado a nombre del ganador y bendecido por el señor obispo. Un premio tan hermoso bien vale cien pesetitas, ¿no cree?

—Desde luego —no me atreví a discutir—. Lo malo es que a mí, como no tengo tierras, un tractor me hace muy poco avío. Y si por casualidad me toca...

—No se preocupe —me tranquilizó la monjita—: no le tocará ni por casualidad. Llevamos rifándolo hace ocho años, y nunca se ha presentado nadie a recoger el premio.

—¿Cómo es eso? —quise saber poniendo una cara rara, en la que había cierta sospecha.

—No es porque nosotras hagamos trampas —se apresuró a aclarar ella—, sino porque la Divina Providencia hace milagros. Aunque debo reconocer que, aparte del factor

milagro, algo influye también el factor psicológico. Porque son pocas las almas caritativas que, después de comprar papeletas para estas rifas benéficas, se acuerden de mirar, pasados varios meses, si su número coincidió con el «gordo» de la lotería.

—¿Usted cree? —dudé.

—Llevamos ocho años experimentándolo —me aseguró—. Generalmente las papeletas se olvidan en algún cajón, y el dinero que se pagó por ellas se olvida también como el de cualquier limosna irrecuperable.

La sinceridad de la monjita al contarme aquellos intrín-gulis benéficos, sinceridad nacida sin duda al calor de nuestro paisanaje, hizo que aumentara mi simpatía hacia ella. Y en un arranque de generosidad, exclamé:

—¿Pues sabe lo que le digo, hermanita? Que por ser paisana mía, y en recuerdo de que yo también fui pobre cuando era niña, voy a portarme bien con ese asilo del que usted se ocupa: ¡vengan cuatro papeletas para la rifa, con la promesa de que yo también me olvidaré de comprobar si me ha tocado el tractor!

Esta vez fue la monja la que, poniendo cara de asombro al oír mi generosa oferta, no pudo reprimir esta espontánea exclamación:

—¡Jolinórum!

O sea, «jelines» en latín.

Yo solté una carcajada mientras ella, poniéndose más roja que un pimiento morrón, se excusó precipitadamente:

—Que Dios me perdone, y usted también.

—No tiene importancia, mujer —perdoné con campechanía.

—Por muchas penitencias que me impongo, no puedo evitar que, cuando me emociono, me salga a relucir la manchega que llevo dentro.

—¿De qué parte de la Mancha es usted? —pregunté, contemplando a mi paisana con creciente simpatía.

—De un pueblecito que, por desgracia, ya no existe —suspiró ella con tristeza.

—¿No? —dije sintiendo que mis orejas se aguzaban, movidas por un súbito interés.

—No —confirmó la monjita, imprimiendo a su cabeza un meneo apesadumbrado—. Desapareció bajo las aguas de un embalse.

—¡Del pantano de Santa Bárbara! —grité yo, clavando los ojos en el rostro de mi interlocutora, que empezaba a resultarme familiar.

—Pues sí, en efecto —parpadeó la religiosa—. ¿Cómo lo sabe?

—¡Porque yo también nací allí! —exclamé.

—¿Usted?

—¡Sí! —dije notando que las lágrimas me nublaban la vista—. ¡Sí, hermana! ¡Y nadie mejor que yo puede llamarte así, puesto que eres mi hermana de verdad!

—¿Cómo?... —balbució la monja, mirándome perpleja—. ¿Qué quiere usted decir?...

—¡Mírame bien, Candelaria! —dije rompiendo a llorar—. ¿No me has reconocido todavía?

—¡Mapi! —gritó ella, abriéndome sus brazos.

—¡Hermana! —reliqué yo, abriendo también los míos.

Y las dos, llorando de alegría, nos abrazamos emocionadas.

PEDAZO 3

¿NO ES LÓGICO que una emoción tan grande me haga temblar los pulsos, y el bolígrafo por añadidura, cuando escribo estos papeles?

¡La chiripa, esposa del azar, me ha devuelto a mi hermana mayor! ¿Cuántos años han pasado desde que la vi por última vez? ¡Uf! ¡Muchísimos! ¡Y cómo han cambiado las cosas desde entonces! Porque entonces éramos casi dos niñas. Las dos hacíamos planes para el porvenir, pero ninguna había decidido qué profesión iba a elegir: ni Candelaria era monja, ni yo furcia.

Pasadas las primeras efusiones, la invité a que entrara a tomar una copa para celebrar nuestro encuentro. Ella rechazó la copa, pues el monjato suele ser bastante abstemio, y tuve que prepararle un tazón de chocolate. Porque las órdenes religiosas, eso sí, son muy chocolateras.

Sentadas en el «policuarto» en el ángulo que sirve de saloncito, nos pusimos a rellenar la quiniela de nuestros recuerdos. ¡Tantos huecos habían quedado en blanco durante nuestros años de alejamiento!...

Candelaria hablaba con esa vocecilla suave, un poco untuosa y sin estridencias, propia de todo el personal eclesiástico de ambos sexos. Mientras ella iba contándome su vida desde que ingresó en la orden, yo la observaba con respeto y cierta aprensión. Porque los hábitos, pese a estar hechos con telas corrientes, tienen un poder mágico: el de distanciar a la persona que está dentro de ellos del mundo circundante.